

Jamás el francés, á mi ver, llevará el amor á su prójimo hasta cesar de ponerle en el mundo y renunciar al amor de las mujeres para el bien de los hijos.

¿Triunfa Malthus? pregúntase además el publicista.

Y no se contesta; pero yo respondo: evidentemente.

Los hombres inteligentes que aman y habitan en el campo, que se dan el trabajo de estudiar las costumbres de los campesinos, os dirán que estos no se reproducen con la misma frecuencia que antes, para no subdividir hasta lo infinito, en el gran número de hijos que podrian tener, la pequeña propiedad que tanto trabajo les cuesta adquirir y conservar.

Y aun hay mas.

Para impedir en lo posible, legalmente, esta division, si tienen mas de un hijo, mejoran casi siempre al mayor.

Hed aquí una de las causas principales, fuera del libertinaje y de la relajacion de las costumbres, de la disminucion de los nacimientos legítimos; pero no es la única.

Cásanse menos y se reproducen menos, en Francia, no solo porque la esposa legítima cuesta cara, puesto que la esposa libre cuesta mas cara todavía (verdad es que para subvenir á las necesidades de la querida se reunen varios, en tanto que para satisfacer los caprichos de la esposa, es uno solo, algunas veces); no solamente porque, casado ó no,

solo se quiere gozar del placer del amor sin llevar sus cargas, sino porque atravesamos una época en que todas las instituciones del pasado, por bellas que hayan podido ser, por necesarias que hayan sido, por mucho que se sienta su pérdida, están puestas ó van á ponerse en cuestion.

Comprendo la pena de los hombres como vos, que representan y defienden muy sinceramente esas instituciones; pero estad convencido, señor abate, de que nada contendrá el movimiento que la humanidad ha iniciado fuera de vuestras sendas tradicionales.

Así como el hombre empieza á buscar en los fenómenos naturales la nocion de sus orígenes, de su destino y de su fin, así tambien volverá á tomar en sus solos instintos naturales la direccion de su vida social.

Ahora bien; ¿sabeis cuáles son esos instintos naturales, irresistibles en el orden psíquico? Son el amor y la libertad.

Estos dos instintos naturales se han combatido socialmente hasta la hora presente; preciso ha sido que el hombre inmolara ó mejor dicho subordinara el uno al otro.

Cuando queria tener una mujer, hijos, una familia, una patria; cuando queria amar, en fin, en la mas alta y mas noble acepcion de la palabra, las leyes religiosas y sociales le decian: «A ese instinto de amor que quieres satisfacer, sacrificarás ese otro instinto, la libertad; serás ciudadano, esposo, padre, pero te hallarás comprometido por contrato en

tu nacionalidad y en tu matrimonio; expondrás tu vida por tu patria, y no podrás tener mas de una. Trabajarás para tu hogar, y no podrás tener mas de uno. Si prefieres tu libertad, serás un indisciplinado, un refractario, un vagabundo; no tendrás hogar consagrado, no tendrás hijos legítimos, no tendrás patria fija.»

La mayoría de los hombres ha inmolado su necesidad de ser libres á su deseo de ser felices y por consiguiente al amor y á la familia, que contienen, en efecto, las mas grandes probabilidades de felicidad, y las sociedades civilizadas se han constituido sobre las bases de la familia que resulta del amor, del trabajo que resulta de la familia, de la prosperidad que resulta del trabajo, de la moral que resulta de todo.

Mas ved aquí que hoy, habiéndole la ciencia agrandado la tierra, habiéndole facilitado el espacio y los medios, el hombre siente la necesidad de ir, de venir, de conocer, de cambiar de lugares, de impresiones, de destino quizá, y le parece que el amor legítimo le esclaviza, que la familia legal le limita, que la moral religiosa le ahoga, mientras que la prosperidad material le deslumbra y la libertad ilimitada le embriaga.

Vos, que veis este movimiento, como lo ven todos los que se toman el trabajo de mirar, y que estais convencido de que el hombre va á perderse en él, ¿qué haceis para detenerle?

Aconsejais á la humanidad que vuelva á los grandes y eternos principios de la moral, de la fa-

milia, de la caridad, de la virtud, del amor á Dios y al prójimo, del trabajo y del respeto á sí mismo.

¡Ay!

Vete á ver si vuelven, Juan, vete á ver si vuelven, como dirian los que cantan todavía.

Vuestro consejo no es ni queda bueno sino para los que, en cierto modo, no han menester de él.

Hay que encontrar otra cosa.

Predicad el bien, retened las almas cuanto os sea posible antes de que os escapen, mostradles sin cesar, aunque sea de lejos, la eterna esperanza y el fin eterno; pero no lanceis tantas imprecaciones contra los que, impresionados por esos síntomas aterradores, intentan conjurarlos por otros remedios diferentes de los vuestros y momentáneamente mas eficaces.

No nos trateis en demasía de viciosos, de corruptores, de ateos, cuando intentamos apuntalar el matrimonio francés, y por concesiones, hechas de toda necesidad, hacerle á la vez mas sólido y mas habitable, sobre todo para las mujeres que son las verdaderas mártires del actual estado de cosas, ya se casen, ya no se casen.

Si; este medio seria, á nuestro ver, el divorcio, que en vez de disolver el matrimonio como vos pretendéis que hace, lo haria, como se ve en los países en que se halla introducida esta reforma, mas digno, mas manejable, mas fecundo, mas flexible, pres-tándose más, por decirlo así, á los movimientos de las sociedades nuevas y á las necesidades del espíritu moderno.

Menos tiránico, ménos circuido de murallas, el matrimonio seria no solo mas moral, por el equitativo reparto de los derechos y de los deberes recíprocos de los esposos, sino mas abordable, mas atrayente, mas comprensible para los que no quieren ya entrar en él por considerarlo como una prision eterna.

Estos sabrian que tienen la probabilidad de poder salir de él, si en él son desgraciados y si, decididamente, á pesar de todos sus esfuerzos, no pueden permanecer en él; lo encontrarían, al fin, compatible con las condiciones humanas, lo cual no seria sino justo, puesto que al cabo somos hombres y habitamos en la tierra y no en el cielo.

Cuando en apoyo de esta proposición sencilla, lógica, bienhechora, invocamos el ejemplo de todos los demás países que nos rodean, que han obrado así, que de ello se felicitan, declarais que os haceis fuerte en demostrarnos el rebajamiento moral, social, político, intelectual y hasta físico en que han caído todos esos Estados despues de la introducción del divorcio entre ellos.

¡Sea! discutamos tambien sobre este punto.

Ved aquí cómo debutais:

Desde hace mas de diez siglos, la ley de la indisolubilidad estaba escrita en todas las legislaciones de la Europa occidental.

La sociedad progresaba, con auxilio del Cristianismo, en el conocimiento de la verdad y en la práctica

del bien, cuando el gran escándalo de la Reforma vino á detener, ó mejor dicho á suspender su desarrollo natural y, dice M. de Bonald, á retrotraer la sociedad doméstica á las viciosas instituciones de los griegos.

¡En qué ceguedad la pasión religiosa no puede hacer que caiga un espíritu juicioso!

De vos hablo, señor abate, y no de M. de Bonald, quien, si no es (lo cual no dejaria de sorprenderme) el que hacia admirar la prevision y la bondad de Dios que habia hecho que los rios circularan por el centro ó al pié de las ciudades, no deja ciertamente de ser el que, en su informe sobre la necesidad de abolir el divorcio, en 1856, escribia la siguiente frase que debió inducir á muchos á no casarse: *El fin del matrimonio no es los placeres del hombre, toda vez que este los goza fuera del matrimonio; ni es solamente la produccion de los hijos, puesto que este efecto puede tener lugar sin el matrimonio.*

¡Cuán bella cosa no es una convención religiosa mezclada á una grande misión política!

M. de Bonald pedia la supresión del divorcio, en nombre de la religion católica hecha de nuevo religion del Estado, y en nombre de ese hijo de la Iglesia, Luis XVIII, vuelto á ser rey de Francia.

Ahora bien; durante este tiempo, el citado rey Luis XVIII saboreaba tranquilamente, fuera del matrimonio, los placeres de que tan bien hablaba M. de Bonald, con la jóven y linda señora du Cayla, casada, y bien casada, adúltera y bien adúltera.

Guárdeme Dios, señor, de incriminar á aquella mujer amable, espiritual y buena, á quien los gana-

deros deben una nueva raza de carneros; pero, cuando os oigo exclamar: «Por fin tuvo lugar el regreso de los Borbones y la religion católica volvió á ser la religion del Estado,» no puedo menos de acordarme de aquella Biblia interfoliada de billetes de Banco que el descendiente de San Luis depositaba sobre las rodillas de la linda condesa, con las genuflexiones que requería este altar mayor, á la vez que aspirando aquel polvo de rapé que ha quedado legendario.

Villana hipocresía todo ello, señor abate; y cuando, despues de la muerte del rey, la favorita se vió obligada á pleitear su separacion contra su marido, debió sentir y muy mucho el haber usado tanto de su influencia en provecho de los jesuitas, y de no haberla usado mas en provecho del divorcio.

No importa; segun vos, la Reforma no por ello deja de ser el gran escándalo en cuestion, ni el regreso de los Borbones deja de haber salvado la Francia, la sociedad, la religion y el matrimonio, y continuais vuestra campaña contra los pueblos protestantes.

Yo continúo citándoos textualmente, porque si, usando de un proceder cómodo y á menudo empleado en materia de controversia, os fragmentara y citara tan sólo vuestras exageraciones, podria creerse que me chanceo ó que falsifico vuestro pensar.

Así, supongamos que me contentara con reproducir, siempre textualmente, las líneas siguientes, que segun vos contienen la prueba de la decadencia en que el matrimonio se hallaba sumido en toda la

Gran Bretaña, por efecto del divorcio, introducido así como la Reforma en Inglaterra por Enrique VIII cuando repudió á Catalina de Aragon, para casarse con Ana Bolena (el hombre, siempre el hombre! mas confesad que, puesto que Julio II habia dado una dispensa para que Enrique VIII se casara con su cuñada, bien podia Clemente VII haber encontrado un caso de nulidad para que la repudiara y la Iglesia no habria sufrido ahí su mayor pérdida, tanto mas cuanto que Clemente VII habia empezado por consentir); supongamos, digo, que cite las líneas siguientes, que contienen los solos argumentos que dais en favor de vuestra tesis; el lector de buena fé se diria que soy yo quien invento tales nimiedades para responder á ellas mas fácilmente.

¿Cuál es, en los otros paises protestantes, el estado de la familia? os preguntais. Háse dicho que el protestantismo es la religion conservatriz del espíritu de familia; nada mas falso. El verdadero espíritu de familia consiste en el cariño mútuo y en la abnegacion reciproca de los miembros que la componen. Ahora bien, el protestantismo impele al hombre á aislarle de todo ministerio eclesiástico.

Hé ahí el gran crimen de los protestantes; confesadlo, señor abate.

Y continuais: *El protestantismo hace que el hombre prefiera la casa al templo, pero es para dominar en ella como dueño y no para consagrarse á la felicidad de su mujer y á la de sus hijos. Así pues, ved lo que ha venido á ser la esposa, lo que han venido á ser el hijo en la familia protestante, en Inglaterra por ejemplo.*

UNIVERSIDAD NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Si vais, en ciertos días, á una plaza de Londres ó de cualquier otra ciudad de Albion, dice el padre Ventura, vos elegís siempre bien vuestros autores, señor abate, vereis allí, en medio de una muchedumbre que dice y se permite los dichos mas groseros y mas insolentes, á algunas desventuradas, con los ojos bajos y el aspecto profundamente abatido, ceñido el cuello por una cuerda, cuyos dos extremos tiene un hombre en su mano.

Son mujeres que sus maridos sacan á subasta y procuran vender.

¿No podría creer el espectador que se encuentra en alguna ciudad de Egipto, de China ó de Tartaria?

El Gobierno ha intentado abolir esta ley bárbara; pero sus esfuerzos han sido impotentes.

Tal es el resultado de las doctrinas del cisma y de la heregia tocante al matrimonio, y así lo demuestra el que en Irlanda, sometida al mismo Gobierno, á las mismas leyes civiles de la Gran Bretaña, nunca se ha asistido á uno de tan sublevantes mercados.

Uno ya no se asombra, cuando conoce la Inglaterra, del profundo desprecio con que John Bull aplasta á la mujer, ni de la indulgencia de las leyes para las pasiones del rico, que sale del paso con una multa, cuando ha robado su honra á la mujer del pobre y los tribunales lo han convicto de adultero.

¡Ved aquí vuestros argumentos y los de los católicos, en cuyo nombre habláis!

¿Puede esto discutirse en buena conciencia?

Si he citado estas líneas, es porque conviene reir

un poco á través de un asunto tan seco y tan tirante como el nuestro.

Si contestase á un laico como yo, habria hecho menudear mas estas ocasiones de risa; pero discutido con un sacerdote, y he prometido ser tan respetuoso como me sea dable, y á ello no faltaré.

Si mas adelante me acontece el parecerlo menos, no será jamás sino á fuerza de sinceridad y siempre citando los textos de vuestros autores.

Si encuentro que la Iglesia falta al respeto á sí misma, al mismo tiempo que á Dios y á nosotros, no será mia la culpa.

Por ahora, trátase solamente de la relacion del padre Ventura, y con una confianza demasiadamente pronta é irreflexiva en ese padre teatino, confianza mas lisonjera para él que para vos y los ingleses, extendéis á toda la Inglaterra el hecho aislado que refiere y de que todos los periódicos ingleses, franceses, europeos y americanos han sido eco y se han chanceado cuando se ha presentado ocasion.

En el momento en que trazo estas líneas, todo París se preocupa de un guarda de la paz que ha asesinado á su querida y la ha cortado en pedazos, hecho lo cual se ha constituido en heredero suyo, tomándole todo el dinero que la desventurada llevara torpemente á su casa.

¿Qué pensariais de un adversario de los guardas de la paz (y que no son pocos) que, relatando este hecho en un periódico, añadiese que es menester abolir la corporacion de dichos guardas porque, en lugar de vigilar y de arrestar á los malhechores,

aumentan su número, invitan todos á sus queridas á almorzar y á los postres las cortan en menudos trozos para robarles los cuatro mil francos que llevan encima?

Despues de esa historia inglesa que condena á todo el cisma protestante, nos dais una historia rusa que condena á todo el cisma griego.

Veamos esa historia; sigo citándoos textualmente:

Los griegos, admitiendo, como lo han hecho siempre, que el matrimonio cristiano es uno de los siete sacramentos de la Iglesia, han sostenido y sostienen todavía, que el adulterio de una de las partes disuelve completamente el matrimonio, y conceden á los cónyuges separados la facultad de contraer nuevas nupcias.

Favoreciendo así el divorcio y haciendo asunto de broma el lazo conyugal, el cisma ha inferido ataques á la constitucion de la familia, á la moralidad del marido y á la ventura de la mujer.

Oigamos, sobre este importante asunto, á un hombre grave, testigo ocular de los hechos que refiere:

«El 17 de Febrero de 1839, dice un diplomático que llegó á ser despues superior de los Lazaristas (siempre testimonios desinteresados), durante nuestra permanencia en Tauris, los desertores rusos que habian entrado á servir en el ejército del rey de Persia, fueron llamados al otro lado del Araxe, en virtud de un decreto imperial.

»Uno de ellos trabó relaciones, al paso, con una mujer armenia y la propuso casarse con él. Esta, ca-

sada ya, pero poco feliz en su matrimonio, acogió la petición, pero á condicion de que se bendeciría su enlace. La ignorancia hace inventar á esos cristianos semejantes acomodados con el cielo. Los preparativos de la boda se hicieron mañosamente á escondidas del marido y de los hijos, que contaban ya de ocho á diez años de edad. Para la ceremonia acudióse á un sacerdote caldeo y católico que moraba y vivia con nosotros. Pensaban que, segun la costumbre del clero armenio cismático, prestaría complaciente y de improviso su ministerio, por cuanto no hay amonestaciones ni publicaciones; un dia, una hora basta á veces para el contrato, los esponsales y la boda. Nuestro sacerdote, que temia una sorpresa, pidió un espacio suficiente para informarse sobre el estado de los contrayentes. Empero, como estos llevaban prisa, encamináronse al momento á casa de uno de los sacerdotes cismáticos. Una buena propina legitima á sus ojos no pocas cosas. (Sobre este asunto escabroso de las indulgencias tasadas, pasad deslizándoos, señor abate, pero sin hacer hincapié.) Así, pues, el elegido encaminóse á casa del novio, y sin exigir que se trasladasen á la iglesia, dió allí mismo la bendicion nupcial.

»La esposa, segun la costumbre oriental, estaba ataviada con un largo velo blanco que le ocultaba el rostro, la cabeza y hasta las manos.

»La pareja fué casada debidamente por él, quien cobró su salario y se despidió.

»Al cabo de una hora, viendo entrar al marido en su casa, recibióle con risueño rostro creyendo que iba á darle las gracias.

»Pero ¡cuál no fué su sorpresa al oírle decir:

»—Amigo mio, escuchad el secreto que voy á confiaros antes de partir para Makchivan, y guardaos de divulgarlo, puesto que podría irrogaros perjuicio. Sabed que á mi, que os hablo, acabais de casarme con vuestra mujer!

»Juzgad si la confusion y la cólera debian agitarle violentamente.

»Al siguiente dia el soldado ruso se llevaba tranquilamente la mujer, la cual dejaba al otro en rehenes los hijos comunes.

»Y diciéndole un conocido cierto dia:

»—Tu primer marido te maldice y te excomulga; contestó aquella con sangre fria imperturbable:

»—Pues yo le devuelvo sus maldiciones y sus excomuniones; demasiado las merece, aunque no fuera mas que por su necesidad.»

Si á veces he hecho irrupcion en vuestro dominio ocupándome de teología, señor abate, permitidme que os diga que vos mismo me dais el ejemplo y me suministras la escusa, penetrando en el mio, haciendo comedia.

El hecho que acabais de contar, entra hasta en el cuadro del *vaudeville*.

La escena pasa en un país perdido, en la frontera del Cáucaso, entre un soldado desertor, un pope borracho probablemente, y una mujer como hay muchas, hasta entre las que han sido bautizadas, que han hecho su primera comunión y que están inscritas como católicas.

De ese hecho sacais en consecuencia que todo el

clero ruso obra de igual manera que el sacerdote armenio, que los casamientos se efectúan en Rusia sin amonestaciones ni publicaciones, y que un dia, una hora, basta á veces para el contrato, los esponsales y la boda.

Todo el mundo sabe que no hay tal, y si el divorcio existe en Rusia, es con condiciones difícilísimas y en casos rarísimos.

Así, por ejemplo, el esposo culpable no puede volverse á casar.

En cuanto al matrimonio, exige papeles muy en regla, testigos, parientes, contratos y va seguido hasta de algunas ceremonias un tanto salvajes, cuyo origen se remonta á la Biblia; lo cual prueba otra vez mas que no se debe siempre tomar á la letra el texto de los libros sagrados.

No há lugar, pues, tampoco, á tomar en serio la historieta del superior actual de los Lazaristas.

Tuvo noticia, durante un viaje, de un hecho original y chistoso, del que Bocacio hubiera podido escribir un cuento, en tiempo en que los sacerdotes católicos hacian simonía del mismo género.

Nuestros sacerdotes no hubieran casado á su propia mujer, á lo menos á partir del siglo v ó del vi, en que cesaron de casarse y en que, si damos tambien crédito á los autores, se contentaron con las mujeres ajenas, lo cual les garantizaba contra la desventura del sacerdote armenio.

Cuéntase, en efecto, que en el siglo x, en España, «todo sacerdote ó monje tenia derecho á entrar en casa de una mujer, y dejando en la puerta sus